



Satukupa mamanni

Satukupa mamanni rikura wak
chakamanta achka tunakunata.

Satukupa mamanni chakamanta
rikura sachapi tuyatapas.

LA EDUCACION ES UN ACTO POLITICO ENTREVISTA A RAMON G. BONFIL

Jesús Balhen y Blanca Rodríguez

Esta entrevista fue realizada por Jesús Balhen, ex Director General de Educación de Adultos en Colombia, ex funcionario de la OEA y la UNESCO, ex Consultor del BID, y actualmente investigador en el CREFAL. Blanca Rodríguez, maestra en Letras Iberoamericanas, quien es investigadora en el CREFAL, apoyó la realización de la entrevista e hizo la transcripción y elaboración de la versión final de la misma.

El profesor Ramón G. Bonfil nació el 10 de febrero de 1905 en el estado de Hidalgo, ingresó en 1916 a la Normal de Varones (después Escuela Nacional de Maestros), de donde egresó a los 17 años; desde entonces trabajó al servicio de la causa educativa. A los 26 años se hizo cargo de la Dirección de Educación en el estado de Sonora y después pasó a las de los estados de Jalisco y Yucatán. Durante los años 1956 a 1960 fue catedrático

tico de educación fundamental en CREFAL. La Secretaría de Educación Pública lo designó sucesivamente Director General de Enseñanza Normal y Subsecretario de Educación Primaria. Su vida profesional ha transcurrido a la par de actividades políticas y sociales realizadas particularmente entre maestros y campesinos.

Tras varios años de ausencia, en octubre de 1987, Ramón G. Bonfil visitó CREFAL con motivo de su participación en el Coloquio Retos Históricos de la Educación de Adultos, organizado con motivo del tercer aniversario luctuoso del primer Director del Centro, Profr. Lucas Ortiz Benítez, de quien fue cercano colaborador. La presencia del gran luchador de innumerables causas sociales conmovió a sus antiguos amigos y discípulos. A los jóvenes que lo escuchaban les ofreció directrices y con los profesionales discutió apasionadamente sobre las cuestiones de la educación de adultos. Lo significativo de sus opiniones nos llevó a pedirle una charla breve sobre varias cuestiones. A la mañana siguiente vimos llegar su alta figura por el empedrado que atraviesa los jardines del Centro: su paso era firme y braceaba libremente, en la cabeza llevaba —como es su costumbre— un elegante sombrero. Mientras conversaba, la fuerza de su carácter sobresalía en sus manos, que se agitaban a manera de golpes de sable; las líneas de las palmas eran como su vida: precisas, bien trazadas. La voz, fiel a su emoción, era vibrante y sus ojos brillaban con el recuerdo de las batallas educativas que libró. Ramón G. Bonfil, a los 82 años, transmite a carta cabal la energía que le ha sido característica.

En la Sala de Banderas lo recibió Jesús Balhen, quien es egresado de la octava generación (1959-1960) del CREFAL.

Maestro Bonfil, directivos y especialistas del CREFAL le damos a usted la más cordial bienvenida. Hemos sido testigos de su lúcido pensamiento, de su labor para difundir en México y América Latina las ideas de educación de adultos, especialmente las emanadas del CREFAL. Quisiéramos que usted nos transmitiera sus experiencias, que mencionara qué ha sido CREFAL y qué podría ser.

Muchas gracias, mire, yo no he dejado de pensar en las serias responsabilidades del CREFAL, y en la posibilidad de utilizarlo a lo máximo al servicio de la América Latina y el Caribe. Desafortunadamente a nivel internacional hubo discrepancias por ciertas hegemonías. A veces llegó a discutirse sobre la facultad que teníamos para promover programas de desarrollo de la comunidad, de educación permanente, de educación fundamental, de educación de adultos. A la UNESCO se le disputaban campos en los que otras organizaciones también participaban.

Por ejemplo, la FAO pensaba que educación fundamental estaba invadiendo sus terrenos, que nadie tenía por qué enseñar a mejorar la producción agropecuaria. La OMS cuestionaba las enseñanzas en materia de salud. Para ellas, la educación comprendía solamente enseñar a leer y escribir y esto se debatió en una asamblea de la UNESCO. En realidad, los que pagaban el pato eran los pueblos, que ni siquiera eran escuchados. Si se le preguntara a la gente sobre el trabajo del CREFAL, avalaría su trabajo rural. Yo no creo en alfabetizar únicamente, la educación no puede ceñirse a ella; cuando fui propuesto para ser miembro del Consejo Consultivo de la UNESCO por dos años mantuve ese punto de vista. Entonces me pidieron que mejor hablara de educación de adultos, pero contesté: "Pues fíjese que mi mala suerte no me permitió salir sorteado", y ahí acabó mi gestión internacional. No me pagaron ni un centavo. Me pagaron mi viajecito a París y la estancia de 10 días. De cualquier manera, hubiera querido pelear.

¿Qué quisiera que fuese el CREFAL actualmente? Bueno, lo más importante es que no desvirtúe las dos tendencias que tiene marcadas desde su nacimiento: ser promotor de una reforma educativa para América Latina y el Caribe, y, quizá, para México. Un fortalecedor, pero en serio, de los programas de desarrollo. La otra, y es un camino que CREFAL no debe abandonar, es seguir preparando formadores. La última experiencia nos dio muy buenos resultados al respecto. De aquí salieron gentes para toda la República, que a su vez formaron a maestros para escuelas comunitarias. Repito, la educación debe contribuir al desarrollo, especialmente al rural. El desarrollo urbano es un valor industrial y está fuera de las posibilidades inmediatas de la educación. El desarrollo rural es necesario, tan necesario que no producimos el maíz indispensable para la alimentación del pueblo. Un pueblo que no alcanza a alimentarse no podrá alcanzar su independencia económica. Benévolamente se nos ha calificado como subdesarrollados; esto es decirnos brutos, retrasados mentales, en fin, muchas cosas. El proyecto de crédito avícola supervisado que manejó CREFAL, es una pauta como tantas otras que podrían seguirse. Volviendo a los formadores, CREFAL puede comprometerse a formar formadores, multiplicadores o animadores, como se les denomina en Francia.

Es conveniente recordar que durante la primera y segunda etapas (1952-1967) del CREFAL, de Educación Fundamental y Desarrollo de la Comunidad, el Centro ofrecía no solamente cursos académicos regulares y especiales para profesionistas mexicanos y de Latinoamérica, sino también para miembro de las comunidades. Después, a través de sus expertos y de sus alumnos se dedicó fundamentalmente al trabajo de campo en las 22 comunidades de su zona de influencia. ¿En qué consistía dicho trabajo?

El CREFAL contaba con un ideario en el cual se conjugaban los principios, los fines y los objetivos de la educación fundamental. Atendía directamente al desarrollo de la comunidad por medio de equipos de cinco personas, una para cada rama: salud, hogar, recreación, economía y conocimientos básicos. Cada equipo atendía a lo más a dos comunidades. Los catedráticos de educación fundamental, Fernando Jones Vargas, Jesús Isáis Reyes, Miguel Leal y yo, teníamos a nuestro cargo cuatro o cinco equipos. Los muchachos vivían seis meses en las comunidades, sólo venían a CREFAL los fines de semana.

Nosotros íbamos todos los días a supervisar a nuestros equipos; primero salíamos a las tres de la tarde, pero descubrimos, naturalmente, que la única hora para atender a los campesinos era después de las seis de la tarde; teníamos exposiciones y también un periódico mural que hacíamos entre la comunidad y nosotros. Pusimos un marco y ahí la gente lo transformó: fulano avisaba de su santo, zutano del nacimiento de su hijo; llegaron incluso a anunciar la llegada del obispo. En algunos lugares, el periódico tenía un éxito enorme porque congregaba a la gente. Un día, en Tzurumútarro se detuvo un automóvil que llamó la atención: "Es el General Lázaro Cárdenas", dijo alguien, yo me quedé frío. "Dígame qué es ésto, yo paso con frecuencia y siempre está la luz prendida y siempre hay gente", preguntó el General. "Señor —dije yo—, es el Centro Social, aquí nos reunimos después de las labores, platicamos, escuchamos música, aquí hay una biblioteca, aquí hay un radio para tener noticias del día todos juntos". El General se estuvo largo rato conversando y al irse felicitó al CREFAL porque le constaba su trabajo.

Entre las cosas que recuerdo con mucho cariño fue un curso que iniciamos para capacitar a líderes locales campesinos, que tuvo oposición aun dentro del campo, a pesar de ser del CREFAL, pero yo insistí mucho y defendí la idea. Tuve que conseguir la mitad del dinero necesario, pues el propósito era traer a Pátzcuaro por dos semanas a jóvenes entre 20 y 30 años que hubieran destacado en actividades sociales; cada comunidad eligió a los suyos; además, para comprometerlos más, la comunidad contribuiría a su sostenimiento con un cuartillo de maíz, con unas gallinas, etc. Los muchachos fueron a sus casas en el fin de semana, alguien me dijo: "¡Estás loco, no va a volver nadie!". Pero todos regresaron, menos uno, porque había muerto su madre. El curso fue un éxito. *Cuando lo informamos a la FAO*, CREFAL recibió una calurosísima felicitación. Por ahí existe un folleto.*

* Bonfil, Ramón G. "Preparación de líderes, una experiencia en el CREFAL". (Mimeo). Pátzcuaro, 1958.

Después del curso de líderes, que los tuvimos destacadísimos, a uno de ellos lo llamó el cura y le dijo: "Ya te enseñaron a ser ateo". Y el muchacho le respondió: "No señor, ahí no se habló de religión, ni de curas. Sabe usted, me enseñaron a seleccionar semillas, a usar fertilizantes, a promover reuniones". A mí se me ocurrió incluir el uso del diccionario, sobre todo para Marcelo Alejandro, líder comunal de Tzurumútaró, a quien quise mucho. "¿Qué le importa un diccionario a un campesino?", se burlaron los demás, pero yo conseguí 20 diccionarios. Contra lo que esperábamos todos, preguntaron si podían llevarse el diccionario al dormitorio. A la mañana siguiente dijeron: "Casi no dormimos, buscamos de todo, ahora resulta que pendejo no es una grosería". Estaban descubriendo el castellano.

CREFAL promovió varios proyectos integrados de desarrollo de la comunidad. ¿Cuál cree usted que fue el más significativo?

En 1959-60 el proyecto de Crédito Avícola Supervisado era un éxito porque el dinero no se les entregaba así nomás, tenían que decir para qué lo querían y ver si era algo productivo. Claro, se discutía si comprar una máquina de coser para la mujer lo era, si comprar un saxofón era útil o no. Se discutía comunitariamente. A uno que había perdido todo, le pregunté: "Oye, dime a mí, como amigos, ¿el crédito supervisado es malo, no les sirve a ustedes, por qué pierdes el crédito agrícola?". "Pues, por bruto —me contestó—, porque me emborraché y me gasté todo el dinero y vendí los huevos y las gallinas". "Sí, pero con qué vas a reponerlo, lo que queremos es que tú llegues a tener dinero para que puedas vivir de esto", le dije yo.

Me interesa destacar que sobre la marcha íbamos creando soluciones. Pensé, por ejemplo, que era indispensable mejorar la casa-habitación, porque dormían animales, niños y adultos juntos; comenzamos con algo elemental: hacerle a cada persona un planito de lo que era su casa y punteamos en una cartulina lo que faltaba: una recámara, el granero, ventanas, etc.; rehicimos el plano y se lo regalamos a los campesinos: "Mira, aquí está tu casa y lo que tú quieres que llegue a ser, piensa que un día puedes hacer esto". Ellos esperaron la cosecha y vinieron a decir: "Oiga, esto está resultando en que las gallinas viven mejor que nosotros, mi casa está hecha una garra". "Pues métele mano, les decía, si ya mejoraste el lugar donde viven tus gallinas, ahora haz lo mismo para tu familia".

La peor lucha la librábamos con el clero; había curas que me fastidiaban, me ganaban la pelea porque sabían hablar. Un día, el cura me dijo: "Venga, lo invito, yo también soy alumno de CREFAL y les estoy copiando las cosas". Pues cómo no si había comprado un proyector de cuerpos opacos, y si nosotros mostrábamos los virus, él les enseñaba a la Sagrada Familia.

Nosotros intentábamos iniciar a los campesinos en el pensamiento lógico para que no dependieran de interpretaciones mágicas. Si sus hijos se les morían de tifoidea, para ellos era porque Dios los llamaba. Yo sentía que se me salía el corazón y les ofrecía prestarles dinero para las medicinas. “No, si yo tengo —me decían—, pero es para la cuota de la iglesia, tengo que dar 200 pesos. Si no, imagínese, nos vamos al infierno”, y preferían que se les muriera un hijo, caray, para ganarse un lugarcito en el cielo. Al carguero que le tocaba organizar la fiesta patronal, debía de trabajar durante meses para pagar misa de tres ministros, orquesta, flores, cohetes y borracheras, y encima de eso, el cura, para mantener su puesto, tenía que justificar obras de mejoramiento dentro de la iglesia, de manera que mandó quitar la tarima de madera de encino que se había instalado un año atrás y pidió la cooperación para el mosaico. Los campesinos reclamaron la madera para construir aulas y cuartos de servicio social y el cura me echó la culpa de esa actitud: “Ya ve usted, la gente cada vez más descreída, gracias a la técnica de ustedes”. Yo sólo le respondí que había una manera de remediar todo y era definir la cuota de acuerdo a las posibilidades de cada quien.

Profesor, usted ha hecho posible que la ideología del CREFAL se conozca, se difunda. ¿Cree que en los últimos tiempos ha cambiado la filosofía de la educación de adultos?

Sí, sí, la educación de adultos ha cambiado seriamente. Por ejemplo, desde el siglo pasado hay escuelas nocturnas para adultos en la ciudad de México. El primer puesto que yo desempeñé en mi vida profesional fue el de maestro de nocturna; fui a presentarme ante el director de la escuela. “Los compañeros opinan que usted viene con técnicas nuevas”, me dijo. Luego me habló de la caperucita y de todos los cuentos para engatusarme a que tomara el primer año: “Está bien”, le respondía. “Sólo que es muy difícil atraer a los adultos”, agregó. De modo que yo fui de casa en casa, a las vecindades, a las fábricas; hubo más de sesenta alumnos inscritos, pero al final sólo quedaron 12 alumnos que lograron aprender a leer y escribir. Los demás se habían ido.

En una junta de maestros, yo estaba muy callado. “El director me preguntó: “El más locuaz, el más joven de los maestros está muy callado. ¿Qué le pasa Bonfil?”. “Señor —le contesté—, este es mi primer año de experiencia y se me fueron los alumnos, me siento muy mal”. “Pregunte al Secretario —me dijo él— cuántos se presentron el año pasado”. Me enteré de que a mediados de año, el maestro de primero pasaba a ayudar al de sexto porque a esas alturas ya no había alumnos, de manera que todos me felicitaron.

De esos años aprendí que el secreto de la educación de adultos era tratar a las personas como adultos. No pueden utilizarse las mismas técnicas que con los pequeños, aunque ambos son aprendices. Por eso, cuando llegué a la Secretaría de Educación Pública intenté separar a las escuelas nocturnas de la Dirección Primaria.

Entre aquel panorama y la creación del Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, INEA, existe una gran distancia porque se logró que la educación de adultos tuviera un espacio adecuado; el INEA tiene la ventaja de ser descentralizado, autónomo; está aportando iniciativas de renovación que ha propiciado un ambiente profesional. Repito, todo esto es valiosísimo porque la educación de adultos ya cambió su contenido. La mentalidad de quienes nos ocupamos profesionalmente de esto ya comienza a difundirse, el gobierno se sensibilizó de que esto merece atención especial. Seguramente existen fallas que pueden corregirse. Debe cuidarse de no confundir educación de adultos con alfabetización. La primera incluye a todos los adultos, hasta los de postgrado, los minsválidos, etc. La gente se asombra de que en la educación de adultos pueda participar gente de todas las disciplinas: agrónomos, médicos, sociólogos, etc. Antes se pensaba que el maestro de la mañana podía volverse por la noche maestro de adultos; se cambiaba el uniforme y ya, lo que hacía era que seguían tratando a los adultos como niños. De ahí que aplauda la profesionalización que se está dando.

Debo recalcar que cuando hay programas de alfabetización es necesario el seguimiento, sobre todo para que la gente continúe leyendo. Fui inspector rural. Me constaba, cuando dejé la zona, quiénes sabían leer y escribir, porque yo mismo los obligué a aprender. Vuelvo a esa región 10 o 12 años después y encuentro a mis mejores amigos. El que más sabía de aquellos alfabetizados era el que ponía su firma, se habían hecho de una firma y con eso avalaban cualquier documento, los préstamos del banco, por ejemplo. Entonces, la alfabetización les había servido para echarse una soga al cuello.

De esa experiencia veo que los adultos necesitan dos cosas: una, resolver los problemas diarios: cómo seleccionar semilla, cómo pedir un crédito, y otra, recrearse, y para eso es fundamental la lectura.

De chamaco, me organicé con amigos a leer unas novelas que aparecían en cuadernillos, leíamos bajo una lámpara de petróleo, y de ahí agarré unos vicios que no se me han quitado en la vida. Entonces, ¿qué hay que leer? ¡Lectura recreativa! Pongan ustedes a un adulto a que aprenda raíces cúbicas y los manda por un tubo. A él qué le importa eso. El adulto

se inclina por cosas prácticas, cosas recreativas. ¡Vamos a enseñar a leer divirtiéndolo!

Conozco la educación de adultos de diversos países. Seguramente la experiencia danesa, iniciada por Grundtvig, el gran poeta nacional, significa el mayor éxito logrado hasta la fecha; la transformación social de Dinamarca se efectúa a través de las Escuelas Populares para Adultos. Cuando el país sufrió la dominación extranjera, quienes dirigieron la difícil y heroica labor nacionalista —que entre otras cosas logró impedir la desaparición de su idioma patrio—, eran alumnos de esas escuelas. Su lema predilecto era “la palabra viva convence”, de manera que favorecían la conversación, el canto coral, la enseñanza de la historia y el estudio de su mitología. Con el ejercicio de estos cuatro puntos, la población se unió para sortear las dificultades económicas que enfrentaba su país; fueron exalumnos de esas escuelas los que dirigieron el movimiento para salvar la economía nacional mediante la industrialización del grano y la producción de ganado, carne y sus derivados. Fueron también alumnos de esas escuelas los líderes políticos locales y los directores de la admirable organización cooperativa que ha logrado Dinamarca.

Recuerdo que en la Primera Conferencia Interamericana de Planeación de la Educación de Adultos, efectuada en Caracas en 1964, hubo una concentración de gremios de obreros y campesinos. En esa ocasión, su participación fue significativa en cuanto a los temas tratados: política, agrarismo y educación. ¿Podría ahora expresar su punto de vista sobre estos tópicos?

En todas esas cuestiones tengo una trayectoria que va desde ser enemigo de la política y decir que un educador no debe mezclarse con ella, hasta afirmar que política y educación son indispensables. El cambio lo propició mi estancia en Sonora como Director de Educación. Tenía que recorrer continuamente ese vasto y desértico estado. Eran jornadas increíbles, no tenía quién me ayudara, por días sólo dormía tres o cuatro horas. Una madrugada estaba yo con los indios yaquis viéndolos bailar el *pascola** cuando llegaron dos enviados que me informaron que el día anterior había llegado a Navojoa un resguardo militar para expulsar a los campesinos, a quienes ya se les había autorizado tierras mediante resolución presidencial. El caso es que el reparto de tierras se hacía en contra del sentir de la propia gente que estaba al frente del gobierno estatal, y que tenía una relación de parentesco muy cercana con hacendados, ganaderos y gente de dinero. Yo sabía que ya en otro lugar, Los tanques, en lugar de las tierras planas de

* Danza tradicional de los indígenas yaquis, conocida también como *Danza del venado*.

riego les habían dado los cerros. A esa hora agarré el caballo, bajé la sierra del Bacatete y me fui a Navojoa. Cuando llegué, les dije a los campesinos: "Aquí no hay más que una cosa, consíganse todas las armas que haya, todas: pistolas, escopetas, rifles, todo. Vamos a recibir al ejército a tiros, no hay de otra, o qué, ¿prefieren morir de hambre?". La gente se ofreció decidida. Dijeron: "Nos morimos aquí". "Y yo con ustedes", les contesté.

Después, alguien muy importante me mandó llamar y me dijo: "¿Conque anda usted metido en estos líos? Usted tiene que estar en las escuelas, caray, maestro, ahora sí la está usted regando". "Mire, Don Pancho —le contesté enojado—, la Ley Agraria y la Constitución de la República están por encima de los quinientos mil pesos que ustedes pusieron para la Revolución hace más de 20 años; una resolución presidencial es irrevocable". Yo estaba defendiendo un derecho constitucional de los campesinos contra una maniobra sucia de los hacendados, que se vieron obligados a retirar el resguardo militar que se habían conseguido.

Situaciones como ésta contribuyeron a defender mis convicciones frente al ataque incesante y mal intencionado de los grupos reaccionarios que estaban derrotados pero no vencidos. A ello se debió la creación de las Ligas Campesinas de Mejoramiento, cuya finalidad era organizar a los vecinos de un poblado con el objeto de mejorar a la comunidad, en su vida económica, cultural y cívica.

Se promovía la transformación de los medios de cultivo, la introducción de industrias rurales, la ejecución de obras de irrigación, organización de cooperativas, apertura de bibliotecas, etcétera.

Estas Ligas fueron resultado de mi gestión en el estado de Sonora, tuvieron tanto éxito que el Secretario de Educación Pública ordenó que se imprimieran miles de folletos con sus postulados y toda su organización. Un día me llamó y me dijo: "¿Usted cree que Silva Herzog es el subsecretario que yo necesito o que Samuel Ramos es el Oficial Mayor que yo necesito?". "Señor, yo no sé qué decirle, yo sólo soy Director y no me meto en esas cosas", le contesté. "Le voy a proponer algo en firme —me dijo—, si usted es la gente que dicen que es, usted será el Subsecretario de Educación". Tenía yo 32 años; hice cuentas, a los 32, Subsecretario, a los 34, Secretario, a los 40, Presidente. Lo estuve pensando. Esa es la única vez en mi vida que lo he pensado.

Pero no acepté. No. Me fui a continuar mi trabajo con las Ligas Campesinas, que veían por cada gente de cada pueblo.* Los campesinos

* Ramón G. Bonfil fue Subsecretario de Educación entre 1970 y 1976.

respondían de maravilla. Como todo estaba muy bien, me cambiaron, me mandaron a Jalisco y ahí me peleé porque el Secretario de Educación nombró a un ingeniero agrónomo director de la Normal de Maestros. Me enviaron a Yucatán y cuando le pregunté por qué, me respondió: "Porque no mando en Patagonia, usted debía irse hasta allá".

Y en la actualidad, profesor Bonfil, ¿cuál es su visión de la educación?

Incuestionablemente, la educación es un acto político. Decía que fui enemigo de la política al inicio de mi carrera, pero como educador estoy convencido de lo contrario: alguien que no sea político no es educador, será enseñador; podrá enseñar una habilidad, a leer, a sumar; pero educador, formador de hombres, no lo es. Tiene que ser político en el más amplio sentido de la palabra, estar imbuido en la vida social de su país, con tesis propias, con una doctrina. El educador no puede cerrar los ojos ni aplicar mecánicamente soluciones clásicas de la pedagogía; debe, tiene que dar respuesta a las urgencias populares. Por ello, estoy convencido de ser un agrarista, un educador, un político.

Ramón G. Bonfil se despide. Desea recorrer aquellas calles tan queridas. Lo llevamos a la bellísima plaza principal de Pátzcuaro, donde está la efigie de Don Vasco de Quiroga, uno de los pioneros de la educación de adultos en América; pasa junto a la estatua del primer obispo de Michoacán, y saluda en ella a un hombre que, como él mismo, dedicó su vida a la lucha por una educación liberadora.